

## XI

### Un amigo.

Después de un otoño soberbio, se había echado encima, casi de pronto, el invierno.

Mediaba el mes de enero.

Este es un mes triste. La humedad hiela los huesos; el viento sopla durante las noches, noches que no tienen fin: la lluvia engruesa los arroyos y cambia los campos y los prados en pantanos. Sobre todo en la Sologne.

Nunca había tenido tan sombrío aspecto la pobre casa de la Boca del Lobo.

La desgracia se había cebado en ella.

No era solamente la escasez la que allí habitaba, sino también la deshonra.

Reinaba en ella un silencio desconsolador; los ojos no se buscaban; no se hablaba del pasado y parecía que se presentían nuevos desastres.

El más joven de los hijos, desaparecido desde hacía años, apenas había dado señales de vida.

Tres ó cuatro veces habían llegado á la Boca del Lobo, cartas firmadas por un desconocido, que no daba sus señas ni decía que era.

La primera no decía más que lo siguiente:

«He visto á Marcelo en el Perú, hace seis semanas. Está bueno.

»Piensa en todos.»

No tenía fecha.

El sobre llevaba el sello de correos de Lisboa.

Las otras estaban concebidas, poco más ó menos en los mismos términos.

En una de ellas se decía que Marcelo había ido desde Lima á los Estados Unidos, que allí había entrado en una buena casa de Nueva York, en donde trabajaba; pero tenía poco sueldo.

No obstante abrigaba esperanzas de mejorar pronto.

Esto era todo lo que de él sabían.

El otro hijo, Juan, no tenía más remedio que cumplir la condena, porque el recurso había sido denegado, á despecho de las seguridades del señor Letanneur, quien, por otra parte, se había mostrado muy indulgente en la cuestión de honorarios.

No había querido aceptar nada de sus clientes.

Tal vez, en su conciencia de hombre rico, que tiene más dinero que le hace falta para cubrir sus necesidades, estimaba que era él quien debía una indemnización á aquellos desgraciados, por la ligereza con que les había defendido.

Su probidad, no llegaba, sin embargo, hasta ofrecersela.

Pero una verdadera reacción se operaba en la opinión pública.

Se dudaba ahora de la culpabilidad del condenado y el asunto Corbière era más enigmático que nunca.

Sin embargo, se anunciaba la salida de Juan para Noumea en el primer convoy de presidarios, que debía embarcar el quince de aquel mes.

Guillermo no había vuelto á ver á su hermano, pero estaba decidido á ir, á pie, si era preciso, desde Blois á Rochefor, para hacer ver á Juan que no le olvidaban y cambiar con él una última mirada en la que le llevaría el adiós y los votos de los suyos.

Para un andarín como él, la excursión no era imposible.

El 10 de febrero, á cosa de la una de la tarde, Teresa estaba en su habitación, sentada en una silla ante la chimenea (en la cual no quedaba más que un poco de ceniza roja de unas ramas de pino) con los brazos caídos, los ojos hundidos, la frente plegada, inerte, triste y llena de desesperación.

Llegaba el momento en que sería imposible ocultar su estado á los ojos de su madre y hermanos.

Y hasta es posible que fuese ya tarde.

—¿Pero qué hacer?

¡Suicidarse arrojándose en uno de los estanques de que el país estaba lleno, ir á podrirse bajo los juncos con la criatura que llevaba en sus entrañas!

No podía decidirse á esto.

Si no hubiera sido por su estado, no hubiera vacilado, tal vez.

¡Las sacudidas que la habían trastornado desde hacía algunos meses; el amor que había ido á ofrecerse á ella en el momento en que su pobre Sologne se adornaba con el verdor y las flores del verano; aquel sueño cuya realización le parecía un cuento de hadas; las horribles escenas que le habían seguido; la muerte de su

amante, á quien en el fondo no había dejado de amar, olvidando sus desdenes para no acordarse más que de sus juramentos y de sus caricias; la prisión de sus hermanos, cuya indignación en presencia de su seductor excusaba; la terrible condena de Juan, en fin, la sumergían en una turbación próxima á la locura. ¡Quería huir de aquella casa, tan triste ahora, sobre la cual había arrojado su falta un velo de luto!

Y aquella huida era necesaria.

Pero un obstáculo insuperable se presentaba para llevarla á cabo.

¡No tenía recursos!

¡Esta idea era superior á sus fuerzas!

¡Sin embargo, quería partir á todo trance!

Lágrimas de desaliento y de cólera rodaban por sus mejillas, cuando oyó que desde la parte de afuera decían:

—¡Chist! ¡chist!

Se levantó con viveza, abrió la ventana y vió á un hombre alto, de cabellos grises, envuelto en un abrigo deteriorado.

Una triste sonrisa asomó á sus labios.

Aquel hombre era un buen amigo, era el cazador de topos.

¿Pero qué podía hacer por ella?

El la examinó desde abajo, y viendo sus ojos enrojecidos por el llanto:

—¡Siempre triste!—la dijo.

—¡Oh, sí!

—¿Siempre sola?

—¡Sola, en efecto!

El buen hombre no pidió permiso.

Atravesó el pórtico, subió la escalera de piedra que conducía á la habitación, abrió la puerta y entró sin cumplidos. Vió que no había fuego apenas, cogió unas ramas de pino que había cerca de él y los hechó sobre las pocas brasas que aún había ocultas bajo la ceniza.

—¡Brrr!—exclamó.—El aire es helado y áspero como la vieja del castillo de la Ferté.

Casi en seguida las ramas, secas como la yesca, que había echado en la chimenea, se inflamaron.

El viejo extendió sobre el fuego sus manos llenas de arrugas.

—¡Eh! ¡Qué bueno es esto!—dijo.—¡Un buen fuego, querida, es media vida!

Y mirando atentamente á Teresa, añadió:

—¡Vamos á ver, sé sincera!... ¡Cuéntame tus penas! ¿Por qué estás tan afligida?

Y como Teresa vacilase, dijo:

—¿Quieres que te lo diga yo?

La joven le miró con asustados ojos, y él continuó:

—En primer lugar, lo que te entristece es la condena del pobre Juan; Juan es valiente y robusto, y no debe preocuparte tanto. Dentro de pocos años será indultado, ya se habla hoy de eso, y volverá. ¡Por eso no hay motivo para que te atormentes! Sin embargo, estás desconocida... Tú, que eras tan hermosa, tan alegre, da compasión verte!

Teresa bajó la cabeza.

El buen hombre la miraba con la ternura de un abuelo.

Vió que las lágrimas corrían por las mejillas de la pobre joven, y cogiendo entonces entre sus anchas y rudas manos las pequeñas y finas de Teresa, la dijo con cariño:

—Hay historias que no necesita uno que se los cuenten, porque teniendo interés se observa y se ve todo. Como me ha sucedido á mí en este caso.

—¿Todo?—exclamó Teresa.

El cazador sonrió y continuó:

—Sí, todo. Primero á un elegante caballero que hacía la rueda delante de esta casa, hace ya bastante tiempo. En aquellos tiempos esta habitación estaba llena de flores y tus cánticos resonaban en ella durante todo el día. El elegante caballero venía hasta dos veces algunos días, y...

—¿Y?...—preguntó Teresa jadeante.

—Pronto entró aquí una noche.

La joven se puso más colorada que una amapola,

El anciano estrechó con más fuerza las manos de la desgraciada.

—¡Bah, hija mía!—repuso,—¡no es á tí á quien yo culpo, sino á él! El tenía cuanto necesitaba para seducirte y engañarte. Te hablaría de París, te aturdiría con sus mentiras. Y después, él era muy diferente de los amigos que tú veías. ¡Es tan hermosa la fortuna! Entonces, lo que debía suceder, sucedió..: Tú te dejaste arrastrar... Tú lo has sentido tal vez...

—¡Oh, sí!

—Ya era tarde... El mal estaba hecho... Y se hizo mayor aún. Guillermo y Juan, exaspera-

dos por la dureza de la condesa... de la madre... sorprendieron al hijo.. ¡Tú sabes el resto!

Teresa retiró con suavidad sus manos de las del anciano, se cubrió con ellas la cara, y sollozando, balbuceó:

—¡Sí, es verdad, es verdad!... Pero no lo sabéis todo todavía.

—El anciano dijo sencillamente:

—Sí.

Y muy bajo, como si hubiera temido aterrarse al pudor de la joven, añadió:

—¡Te lo repito, lo que debía suceder, sucedió!... ¡Eso es lo que te tiene tan desalentada!... Si al menos tuvieses alguien á quien confiarle; pero tú no te atreves, y, sin embargo, será preciso hacerlo... lo es... ¿Por qué no me lo has confiado todo?

—¡Oh! ¡amigo mío!

—Sí, soy tu amigo, y más amigo de lo que tu piensas. Soy amigo de tu pobre madre y de todos los tuyos. Lo era de tu padre, un buen hombre, como tu hermano Pedro, que daría su sangre, toda su sangre, por veros felices á todos. Los Montarón tienen buen corazón, Juan y Guillermo, como todos los demás. Pedro es muy resignado; se contenta con estar siempre trabajando para su querida madre y hermanos. Yo os quiero á todos; pero á ti es á quien más quiero, Teresa, sobre todo en estos momentos.

—¿Por qué?

—¡Porque eres la más desgraciada!

—¡Cuán cierto es eso!

Entonces la joven abrió su corazón al anciano.

Le confesó todos sus secretos.

Ahora que el cazador la había declarado que él no ignoraba nada, se había apoderado de ella una especie de feroz placer en contárselo todo, las citas de Rolando de Corbiere, sus cartas llenas de pasión, sus promesas de ser de ella para siempre, y sus juramentos.

Sacó las cartas del capitán, del pecho, en donde las guardaba como un tesoro, y se las dió al anciano, diciéndole:

—Tomad, leed... Vereis que no miento.

El anciano las rechazó.

—¿Acaso no te conozco, Teresa?—dijo.

Llegó á su última entrevista con su amante.

Ella le había confesado su estado, ó más bien sus temores.

Entonces quiso saber cuál sería la suerte de aquella criatura; él contestó á sus preguntas con evasivas, y ella comprendió que la despreciaba.

Ella se había indignado.

—¡Y sin embargo, él tenía razón!—exclamó.

—¿Qué soy yo? ¡Una joven perdida, desgraciada, que se ha de hundido sin excusa, por locura! Me proponía ir á Paris... Debí aceptar.

Y añadió con su enternecedora sonrisa:

—¡Quién sabe! ¡Acaso á fuerza de ternura, de sumisión, porque yo le amaba, le hubiera ganado tal vez para mí, para mi hijo! ¡Y viviría aún! ¡El era bueno en el fondo; estoy segura de ello!

Teresa se había expresado con una exaltación que desapareció pronto.

Luego repuso:

—¡Ahora es preciso pensar en el porvenir! ¡Oh! En París, allí es de donde yo quisiera refugiarme... Yo no podría soportar las justas reprensiones de mi madre... ¡Será preciso que ella lo sepa todo!... Pero no puedo ni aun abandonar esta casa! ¡Soy demasiado pobre!

—Es preciso buscar un amigo rico.

—¡Tenía uno y ya no existe!

—¡Otros quedan!

—¡No os burleis de mí!... ¡Tengo tantas penas!...

Se echó á llorar.

—¡Vivir sola, abandonar lo que se quiere, no llevarse más que su vergüenza y sus recuerdos, estriste! ¡Es para matarse!... ¡Esta idea se me ha ocurrido varias veces!... ¡Oh, si no fuese tan cobarde!

El cazador la atrajo hacia sí, y mirándola con dulces ojos:

—Tu no eres cobarde—la dijo;—por el contrario, eres valiente, como todos los Montarón. ¡Matarte! ¡Eso sería un crimen!... ¡Pero tienes razón... es preciso huir de aquí!

—¿Puedo yo hacerlo sin elementos?

—¿Y no estoy yo aquí?

—¡Vos!... ¿no sois casi tan pobre como yo?

—Es verdad; pero yo haré todo lo que pueda.

—¿Cómo?

—Escuchamo.

Teresa le miraba con avidez y con los ojos fijos en su bondadosa fisonomía.

—Yo también—comenzó diciendo el buen anciano—tuve en otros tiempos, hace muchos

años, la idea de París. Sí, yo tuve, como tantos otros el deseo de ser rico. Hasta los veinte años me retuvo en el país una pasión. Amaba á una de mis vecinas, una joven muy buena, y nos habíamos prometido casarnos. Salí soldado y tuve que marchar. Me enviaron á la Argelia. Allí recibí un balazo que me costó seis meses de hospital. Apenas curado, recibí una carta de Sologne. Me decían en ella que mi futura había muerto. Me pareció que todo había concluido para mí y que había envejecido medio siglo en pocas horas. Volví al país, no teniendo en el corazón más que cansancio y aburrimiento. El gobierno me había concedido una pensión de cien francos al año y poseía además la casita en donde nací. Mi madre había muerto hacía ya mucho tiempo. Tú sabes como vivo. Mi placer es ir al cementerio en donde mi futura está enterrada y cuidar allí algunas flores sembradas alrededor de su tumba. Yo no soy rico, pero no gasto nada; quiero á los que son buenos para conmigo y no me niegan un poco de paja para dormir y un pedazo de pan en su mesa. Los mejores de todos son los Montarón. Ahora no tengo necesidades, no tengo parientes, no tengo ninguna familia, sino es á vosotros... Te he conocido desde muy pequeña y desde entonces te quiero como á una hija... ¡Lo poco que tengo es tuyo!

—¡Oh!

—No te preocupes por eso... Después, cuando seas rica, si llegas á serlo un día, me devolverás lo que ahora te dé... ¿Cuánto quieres?

—Lo necesario para el viaje.

—¿Y después?

—Después, me colocaré... ¡Encontraré trabajo!...

—¿En tu estado?...

Teresa tembló y se levantó.

Un ruido de pasos se oyó en el pórtico.

Fué á la ventana y miró al exterior.

—No es nada—dijo,—es Magdalena que lleva los animales al agua.

El cazador sacó de uno de los bolsillos de su abrigo un saquito de piel de cordero y dijo:

—Mira, este es mi tesoro.

El saquito contenía cerca de ochocientos francos.

—Tengo todavía otro tanto allá en San Maximino, en mi choza—añadió. ¡Ya ves que soy rico! Pues bien; todo lo que tengo te pertenece.

La alargaba el saquito con los ochocientos francos.

¡Era la Providencia que llegaba en su auxilio!

—No—dijo Teresa.—Dadme nada más que para el viaje.

Concluyeron por entenderse.

Lo partieron.

—¡Pero ya lo sabes—repuso el anciano,—si guardo el resto es para tí! Cuando lo quieras me escribes diciéndomelo.

—¡Qué bueno sois!

—¡Porque te quiero! ¡Y quién no te querrá, pobre ángel de Dios, que te marchas á la ventura, como un pájaro, sin saber... ¿Cuándo partirás?

—¡No lo sé... pero muy pronto!... ¡Es preciso!

—Sí—dijo el anciano.—No me dices nada nuevo. Había adivinado... ¡Por eso he venido! ¡Ahora bien, lo que yo he visto podrían verlo los otros también!

Teresa se arrojó al cuello del anciano y lo besó.

El se levantó, y muy gozoso la dijo:

—¡Bah! ¡ya estoy pagado! ¡Este beso vale más que el dinero que te he dado!

Se retiraba ya, cuando al llegar cerca de la puerta, se paró y dijo:

—Cuando vayas á abandonar la Boca del Lobo, avísame... Yo te acompañaré hasta Cour-Cheverney, en donde tomarás el tren de la mañana... Tengo amigos... encontraremos un carrito... Nadie lo sabrá... El camino de hierro está lejos de aquí... seis leguas!... ¡Es demasiado para ti!..

—¡Gracias!

—¿Queda convenido?

—Sí.

—No digas á adie que me has visto!

—¡Estad tranquilo!

—Tu madre y hermanos sentirán mucho tu partida; pero los consolaré... Hablaremos de ti.

—Sí.

Se separaron.

Teresa sintió que un gran peso se quitaba de su corazón.

¡En adelante era libre!

Poco después bajó al patio de la granja.

Magdalena entraba con paso lento detrás de sus vacas.

—No tienen que comer en el campo y en el

granero hay poca hierba. El verano ha sido malo y el invierno será rudo—dijo.—¡Pobres animalicos!

La criada se paró á la puerta de la cuadra. Desde el dintel, Pedro Montarón, apoyado en el batiente de la puerta, miraba á sus caballos, que comían en el pesebre paja sola.

Magdalena puso sin cumplimientos una mano sobre el hombro de su amo y le dijo:

—¡Será preciso apretarse la barriga este invierno!

Pedro examinó melancólicamente el cielo y contestó:

—¡Va á nevar!

Teresa se acercó á ellos y preguntó:

—¿Dónde está Guillermo?

—Por ahí anda.

—En el estanque del Juncal, á ver si caza algo. ¡No hay nada en la alacena!

Pedro observó:

—¡El pobre está muy triste! ¡No tiene ganas ni aun de cazar, que era su afición! ¡No hace más que pensar en Juan, su inseparable!

Cogió á su hermana por el cuello y la dió un beso.

—Tú también, Teresa mía, estás triste—la dijo al oído.—Ten confianza. La alegría volverá...

Decía esto, pero no lo creía.

El porvenir le parecía completamente oscuro.

Debían quince mil francos, que habían tomado á préstamo sobre sus bienes á un propietario de Gien y los réditos les absorbían la mayor parte de sus productos.

Tenían que pagar setecientos cincuenta francos al año, y esto era más de las dos terceras partes de los productos de aquella finca, única que poseían, cuyo terreno era sumamente pobre.

¡Felizmente aún tenían algunas semanas ante sí!

En aquel momento apareció Guillermo, acompañado del Cazador de Topos.

—Figúrate—dijo á su hermano—que he visto de lejos al viejo, que volvía á San Maximino por medio de las tierras, y le he obligado á venir conmigo. ¡No quería, porque dice que eso es tomar la casa por posada! ¡Qué nos importa eso á nosotros! ¡Donde comen cuatro comen cinco!

Sacó del morral de caza tres aves frías y dos patos.

—He encontrado á estos amigos, que se paseaban por el Estanque Nuevo—dijo.—Los vamos á componer y nos los comeremos.

Y volviéndose al anciano añadió:

—¡Vamos á calentarnos! ¡El fuego nos animará y mañana será otro día!

Chanceaba, pero se veía que su espíritu estaba en otra parte, que tenía el corazón enchido.

La noche se pasó como de ordinario.

Teresa se había sentado ante la chimenea, frente á su madre, que hacía media.

Los tres hombres, alumbrados por la llama, hablaban amistosamente.

Se ocupaban de Juan y de Marcelo.

La joven, con la cabeza baja y los ojos me-

dió cerrados, para no encontrarse con los de su madre, que la miraba con aire de profunda tristeza, parecía escuchar voces interiores.

Terminada la cena, Teresa se acercó á su madre y la presentó la frente para que la besara.

Pero de pronto se estremeció.

La anciana le decía, casi con severidad y con voz que jamás había oído:

—¡Necesito hablarte!

Teresa quedó un momento cortada y luego contestó:

—¡Bueno, mañana por la mañana, si quereis.

—¿Por qué no esta noche?

—Porque no me siento bien. ¡No puedo con la cabeza!

—¡Ah!—exclamó la madre pensativa;—¡bien, pues mañana.

La joven la echó los brazos sobre los hombros y la besó con ternura.

La anciana repitió:

—¡Bueno: hasta mañana!

Nadie había oído lo que entre sí habían hablado madre é hija.

Teresa presentó á sus hermanos la frente, estrechó con efusión la mano al cazador de topos, besó á Magdalena, y encendiendo un farolillo se fué á su cuarto.

Cuando el anciano salió de la cocina para ir á acostarse, vió que aún habia luz en la habitación de Teresa.

—¡Pobre niña!—pensó—¡Está en vela! ¡Ah! si yo fuese rico, mi capital seria para estas pobres gentes! ¡Qué miserable es esa condesa de Corbiere!

## XII

### En la nieve

Teresa velaba, en efecto.

Ya no lloraba; su resolución estaba tomada.

Por la primera vez acaso desde que estaba en el mundo, su madre habia tenido para ella una mirada, no dura, sino inquieta, displicente.

La voz de la pobre mujer estaba alterada.

Habria debido concebir dudas, sospechar, en fin, lo que ella suponía imposible.

Teresa queria evitar á todo trance una confesion necesaria.

Habia pedido un plazo al decir: «mañana».

Mañana ya no estaria allí.

¿Pero podia partir sin dar el último adiós á su madre, á sus hermanos, á todos aquellos que tanto la querian y á quienes ella queria con toda su alma?

A la vacilante luz de un cabo de vela, escribia:

«Querida madre:

»La estancia en la Boca del Lobo se me ha hecho insoportable.

»En ella pienso sin cesar en Marcelo, que ha debido irse al extranjero á buscar los medios de vivir, y en nuestro pobre Juan, tan bueno y tan injustamente condenado.

»Además, á medida que voy siendo mayor,